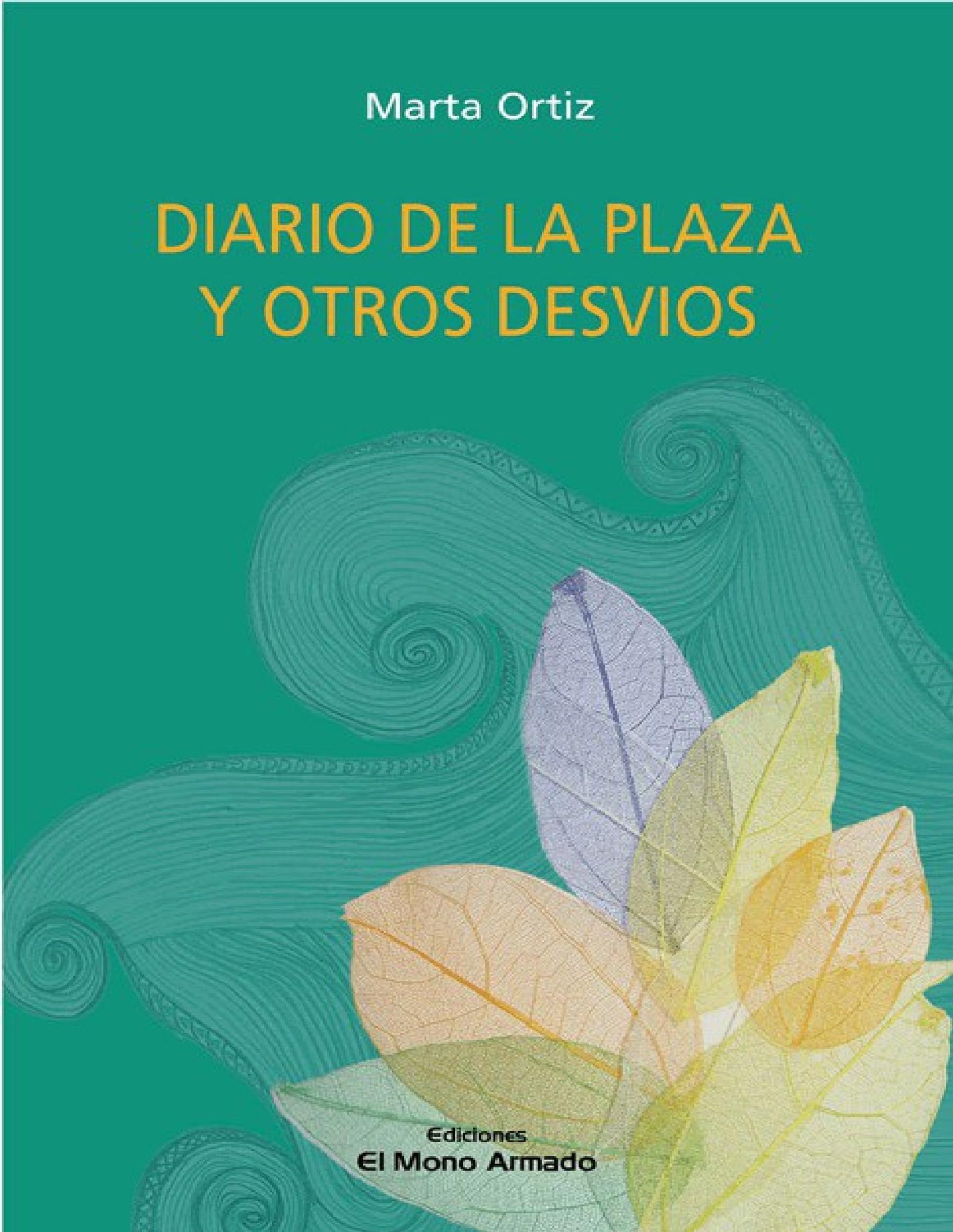


Marta Ortiz

DIARIO DE LA PLAZA Y OTROS DESVIOS

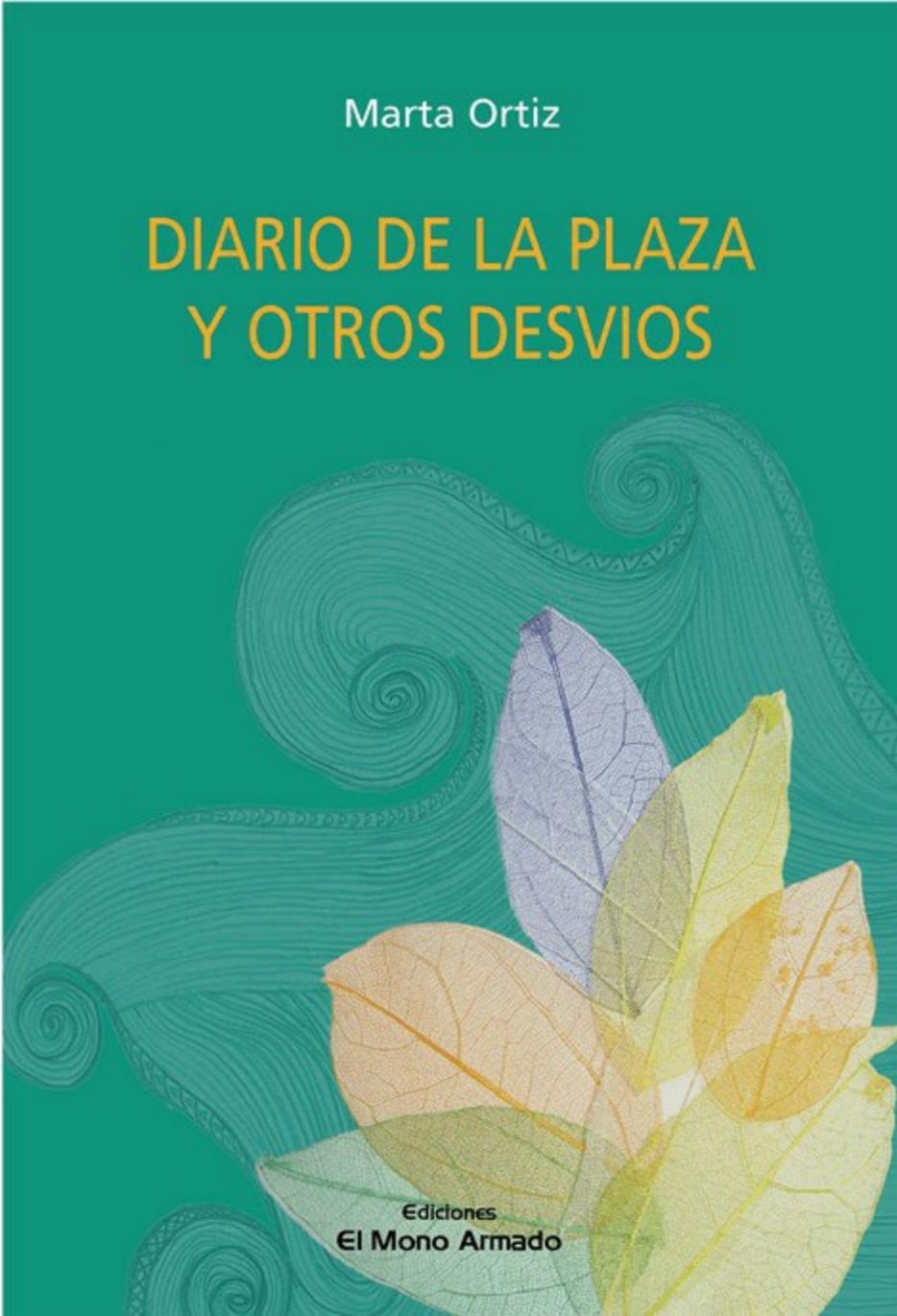


Ediciones
El Mono Armado

Marta Ortiz

DIARIO DE LA PLAZA Y OTROS DESVIOS

Ediciones
El Mono Armado

The book cover features a teal background with intricate, swirling line art patterns in a lighter shade of teal. In the lower right quadrant, there is a cluster of several dried, pressed leaves in various colors including purple, yellow, orange, and green. The publisher's name, 'Ediciones El Mono Armado', is printed in white at the bottom of the cover.

Marta Ortiz

Diario de la plaza
y otros desvíos

Ortiz, Marta

Diario de la plaza y otros desvíos - 1a ed. - Buenos Aires:

Ilustración y diseño de tapa: Evangelina María Bianchi

©2009 - Marta Ortiz

E-mail: vuelodenoche.marta@gmail.com

I.S.B.N.: 978-987-1321-56-8



Para Armando, Evangelina, Agustín y Candela, siempre.

A la memoria de mi hermana Alba.

A mis amigas y amigos.

Al acecho cotidiano

En el primer capítulo de su *Abecedario*, Gilles Deleuze explora, entre otros rasgos que componen el “ser animal”, un aspecto básico que lo defina, y arriesga: “es un ser fundamentalmente al acecho”. Luego extiende esta aseveración al concepto de escritor: “es estar al acecho”. La obra poética de Marta Ortiz expone esta condición de alerta de los sentidos y de la memoria que culmina en versos, por eso admite que de soslayo oye, huele, bebe, ausculta y se decide: *lo escribo*.

El gesto inicial de estos textos establece un territorio en el que se trazan algunos esbozos, gotas, sobre las que va a demorarse la poeta porque quiere conocer y dominar aquello que se le presenta y persiste. Afirma su voluntad de escritura y para lograr el fin tensa un aparato receptivo y escarba en los recuerdos. Expresa seguridad en la secuencia que asume la primera voz cuando establece el orden de trabajo: preservo, descuajo, procedo.

En “**Diario de la plaza y otros desvíos**” Marta Ortiz busca el rumor del relato fundacional, el que provocó el insistente deseo de la escritura; recupera en los cuentos de Perrault ese origen que envuelve la palpitación infantil donde se teje la red de la que nunca escapará, textura de miedos, de disfraces, transformaciones y finales felices. La poeta procura con determinación laboriosa que las marcas ocres muten en abedules, que emerja el bosque, con esa finalidad recortará los excesos, esquivará las emboscadas que ocultan el tuétano y bruñirá cada palabra para quitar el óxido; así logra que regresen del exilio.

Dos conjuntos temáticos concentran los poemas de este libro: los que restauran vivencias, intimidades del pasado, y los que fijan su atención en lo inmediato, a estos últimos se ajusta el nombre de diario porque descubren un registro cotidiano de ciudad. Las imágenes que capta el sujeto de la enunciación marcan un punto fijo de toma, un nicho, un nido donde se aposenta y desde allí atisba desde las figuras más elocuentes *-el grupo de madres / aísla su dolor en los pañales / que cubren sus cabezas- a las más sutiles –Tenue / el sol de abril / rasga el humo de la tarde-*. Pero esta voz enunciativa también circula, hojea calles detrás de la ventanilla de un colectivo, forma parte del paisaje que cuenta *-cruzo en la tarde la jungla peatonal-* y reconoce, experta y sensible, una instalación que nadie advierte *-sobre trapos y al abrigo / de una plancha de cartón, / denuncia el alcaloide / implacable / sopor del pordiosero*.

Marta Ortiz ha seleccionado voces de otros escritores para que introduzcan las distintas secciones de su libro, para que sean epígrafe de algunos poemas o bien para que aparezcan mencionados en un verso; comparte de este modo un corpus de preferencias de autores que manifiestan un claro compromiso con la palabra desinhibida, responsabilidad que en algunos, Eugenio Montale, Drummond de Andrade, se manifestó en el rechazo a políticas autoritarias. En esta línea, el poemario nos ubica en el lugar del desvío, donde la lengua se suelta, se desacomoda para incomodar, para animarnos a una mirada, a una actitud de alerta en la exploración de lo cotidiano y para insistir, con palabras del poeta italiano mencionado, en que *«La poesía es una forma de conocimiento de un mundo oscuro que sentimos en torno de nosotros pero que en realidad tiene sus raíces en nosotros mismos»*.

Antonia Taletti

*Amanece, lo presiento
por una claridad
de plata vieja en las paredes:
un resplandor vetea las persianas.*

EUGENIO MONTALE

Goteo

Persistencia

resiste
esta memoria de palabras
como líneas
de celestes nomeolvides

crepita
en el mimbre del sillón desvencijado
al lento fuego
de mis vanos devaneos
(sombras grises deshilan
cielos rasos
de telas de araña)

persiste
esta lengua y esta letra verosímil
en la trama
de las telas
sepultaban la piel suave de mi madre

y en la curva de voces como ríos
voces de viento
en sobremesas
noche a noche censuradas

perdura
canto primario
tacto a mapa antiguo

– tiempo y gubia–
en la corteza del ciruelo
y habría que ver
resiste creo
en el vaho aquel amarillento
olor naranja terroso
color grieta papel viejo
del viejo libro de cuentos

de Perrault

Lujuria

Penetra sordamente en el reino de las palabras.
CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Ofuscado vuelo de mariposa nocturna.
Tumbos
en la jungla de palabras.

Soslayo la emboscada
el rumor del papel
debajo de mi mano

voces como rémoras
subidas al verso.

A destajo descuajo
la excrecencia
preservo la carne viva
acaricio el hueso.

Oigo la música del vuelo
hundo el ojo en el cáliz, toco
la guata en la piel de la orquídea.
Huelo la gualda lujuria en lo oscuro.

Procedo.

Lluvias

*Llovía una cortina de gotitas muy finas
que el aire desparramaba, vaporizaba
escribía Semprún
bosquejaba su infancia.*

*Rappelle- toi, Barbara
Il pleuvait sans cesse sur Brest ce jour là
la musique de Prévert,
a lomos de ritmo.*

Y yo oigo estrellarse
una y otra gota
sobre el potus en el cantero
y el tamborileo
no cesa
—simétrico—
llueve cadencias
—poemas—
dentro de mí.

Desvía de la pantalla el ojo clínico

pero nada aparece en la medianera
del edificio lindero,
solo revoque descascarado.

Ha leído que un escritor estrella
contempla
desde su lugar de trabajo
una pradera de pinos y abedules

piensa en el prodigio de su letra futura
si allí
donde ahora ve esa marca ocre
de musgo y humedad
creciera un punto verde que anidara
la sola sombra de un abedul
el bosquejo de un abeto,
la sacra memoria de un cedro azul.

Red

Es cierto
pero no debiera serlo.

Que una mosca colgada de la tela
tiemble espasmódica
en el intento de escapar
y ese gesto
resulte más digno o más lógico
que la tensión de mi cuerpo y la mirada
en dirección a la luz
de la pantalla
cuando quieta anido al abrigo
y latiendo ansiosa
bebo la gota
de rocío cibernético
instilada en el hilo de baba
que segrega la Red.

Diario de la plaza

*Estoy viva –sospecho–
las ramas en mi mano
-están llenas de ipomeas-*

EMILY DICKINSON

Mi vida había adquirido la forma de esa pequeña plaza
SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESSEN

Giro

Tenue,
el sol de abril
rasga el humo de la tarde.
El niño juega
en su sonrisa quieta
el vuelo sin destino del pájaro.
La claridad
tras engañosa apariencia gris
le baja
(clausura sus ojos)
los párpados.

Piadosa húmeda
la tarde de humo
desata despliega velámenes.
Aniquila vestigios de luz.

La acacia

en el cálido equilibrio del verano
madura plumas amarillas

enlaza un alto recodo
en el íntimo paisaje de estucos
y espejos

a intervalos
deslíe una espuma de oro

bruñe las veredas.

Abedul

Peregrina,
hurgaba en el camino
la pálida corteza
que en láminas de seda
exfoliaba el abedul.

Papel virgen,
folio donde grabar
en tres o cuatro líneas
una mudanza dichosa
engarzada esa tarde
a una baba de muerte.

Lapacho

Yo creía en el noviembre de los jacarandaes
en los ríos que bajaban lilas.

Hasta que setiembre estalló la pulpa del lapacho.

Los charcos anegados flotaron rosas.

Una tenue tela

estampa
mariposas al vapor
gotea
violetas en el vidrio.

El efecto gráfico
a la luz de las farolas
sube de lo hondo entre los plátanos
al quinto piso.

La ventana revela
la boca del balcón
abre al vacío.

Detrás, el viento rumorea
ramas incendiadas.

Espera

Acechábamos incrédulas
una señal un atisbo
en la noche serena.
Helaba.

Yo seguía la cinta de luz
en la cadena de automóviles
ella moderaba el sesgo desbocado
en las piruetas del cachorro
olfateaba como yo
oteaba el aire intenso
se cargaba de partos.

Yo tildaba las ramas
rapadas dos o tres hojitas
tardías
como pelos fatuos.
Auscultaba
por encima del árbol
y más alto aún
fuera del entorno deshilado
de las luces de neón
y un cierto resplandor nevaba
añicos copos
cristalizaron mi cuerpo.

Aterida,

palpó en la piedra
la paloma el tibio simulacro

nidos de ceniza tocaron tierra.

No quedan dudas:
el invierno coagula entre nosotros.

Olvido

Dorado a la hoja
pero urdido en la sombra
velaba inquieto el verso
las alas de pedrería
como auras del siglo de oro
o de cualquier otro oro
más o menos degradado.

Mañana lo escribo –me dije–
me soñé despierta
mis sentidos como esponjas
–falsas–
absorbían escorias
pseudo ópalos
diluidos en los bordes.
Opacadas morían
las alas de humo
en el contraluz
que el sueño tragaba.

La mañana siguiente esculpió verdes brillantes
cosas de la linfa el sol la fotosíntesis
todo junto a la ventana, todo
menos el verso primigenio:
apenas enhebradas

...

...

las cuentas de silencio
hundieron

un

pozo

en

el

o

l

v

i

d

o.

Abismo

*Las hojas parecían hundidas en agua marina,
el follaje de una ciudad sumergida.*
VIRGINIA WOOLF

Aterra lo inmóvil suspendido
 en las voces
 en el aire transparente,
el edificio pintado a la cal
 la otra orilla:
(mis ojos navegan un mar de plátanos
de herrumbre hasta tocar
 la noche de allá enfrente).

También mis ojos tocan
el otro monolítico
de jade a mi izquierda
las torres de la Catedral
y el campanario sosegado
 –coruscante y azul–
mar afuera a mi derecha.

El reloj de números romanos
devana el tiempo
teje
 las horas las telas
como arañas sobre el muro lacre.

Pero el silencio amortaja
da miedo y no dura

lo quieto tampoco;
todo va a desmoronarse
siento huelo la tormenta
antes de tiempo
antes que el trueno la luz.

Un sordo agudo concierto
de insectos obsesivos
y la noche blanca.

Lo que pesa es la intemperie
el borde del abismo
y ya nada
 nadie me sostiene.

Intuyo la hermosura
 el trasfondo
acribillado de corales
 de barcos herrumbrados
 hundidos en la sombra.

Me salpican,
me tocan apenas las hojas caídas.

Temperatura

No solo la fiebre tensa el atardecer.

También la hora

la luz morada
los filamentos.

También el límite

racimos de ausencias
como ramos de violetas.

Siluetas de piedra

merodean los bordes

arborecen la plaza.

Suben repican

maldoblesar retumbo agudo

de campanas.

Sostengo a tientas el inmenso carillón:

alguien sacude

para mí

badajos de lágrimas.

No vi un mar azul
leí herrumbres, celajes
en el viento.

Junio era un oráculo:
éxodo el óxido
viaje silente
exilio cielo abajo
 hasta morir
(estrella de tres puntas)
 la hoja
en el pulido impávido
 pavimento
jaspe precolombino
 piedra sacrificial.

También nosotros
eludíamos el invierno
la desmembrada
exhausta anatomía
apenas polvo
 –grisalla–
textura de ala rota,
la hoja que ha caído.

Vi plátanos grises
 escorias
mudanzas.

No porque no pueda salir de mi casa

hundirme dócil en la vida diaria
al fin y al cabo es vida conocida.
No porque más allá del umbral
no encuentre el mar azul
sino mareas de herrumbre
o porque no quiera abandonar mi depósito de libros
este mundo de objetos entrañables
crecidos entre mis papeles y yo:
fotografías, cajitas de hojalata:
esa de pastillas
“Violet” de Flavigny
o la de té:
“Alice’s adventures in wonderland”, según Tenniel
en las caras laterales;
o la caja de cartón acanalado donde guardo pétalos
y hojas de roble y otros árboles
que enrojecen los otoños.
Por ninguno de esos motivos
es que no me ausento de mi casa
ni siquiera
por las páginas que leo
Celan y Chéjov
poemas y cuentos:
“Vania”, por ejemplo.
No por tan antiguo vasallaje
sostengo mi domesticidad,
no salgo por otra razón:
afuera está oscuro
garúa, hace frío.

Cuento de invierno I

El hombre de overol azul
rastrilla hojas caídas,
picotearon de ocres
veredas y macizos. Algunas
resisten el viento
solapadas en los plátanos.

El grupo de madres
aísla su dolor en los pañales
que cubren sus cabezas
resisten
la ronda recortada en el papel de la tarde;
descose palomas,
su flaco envoltorio de cenizas.

El hombre de overol azul
recoge la última hojarasca.
Estancada, la fuente gotea pátinas
y yo leo esmeraldas
al pie de la ninfa.

Los focos de alumbrado bajan estrellas,
entibian.

Pirotecnia

Algo indócil debilita los cimientos
– noche de cigarras atascadas –alguien lo dijo.

Algo de luz mala y azul
regresa el dominio de la pólvora
duplica

 topónimos ardidos
en el confín del planeta.

Algo de obsceno dilatan las dalias
pétalo a pétalo
llovidas en el cielo.
Replicados tallos de bengala
dibujan su ficción de trueno y viaje a las estrellas.

Mareo en la marea.
Fiesta de coronación descoronada.
El aire apócrifo apesta a desmemoria.

Fruta y verdura

Detrás de la bruma
de la vieja espesa bruma que deslíe
la ochava despintada,
los cajones de fruta
a los lados de la entrada.

Súbito curva la esquina
–Rosas y San Luis–
un BMW descascarado.
Inscribe decadente
su paso por la niebla
borrando la pintura de colores
cajón sobre cajón:
la cascada de naranjas relucientes
los mares de limones puntiagudos
los bosques de manzanas coloradas.

En el confín nebuloso, se hace humo.

Mapa

*Ahora que las lilas están en flor
ella tiene lilas en su cuarto
y retuerce una entre los dedos mientras habla.*

T. S. ELIOT

*Esperé como quien espera en vano,
tan nítido y preciso era el vacío.*

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESSEN

Piel

a Marita Guimpel

*estos hilos aprisionan a las sombras
y las obligan a rendir cuentas del silencio*

ALEJANDRA PIZARNIK

ellos, ven el trenzado de los hilos
lo nítido –dicen– de la trama
los poros del encaje
el rastro de almidón
 el organdí

yo en cambio desmenuzo el óxido
el ocre sudor del tiempo
la alforza
 decrépita
el pliegue, el pellejo
 irregular
el envés
 el epitelio
la lumbre del espliego
el frunce rígido
 la erosión

ella, ardua, vuelve la mirada atrás
horada huellas calcáreas

olvidos de tafetán
muselinas nácar
recoge velos
el grano perdido del reloj de arena

y velos de oropéndolas
en cielos extinguidos.

Gestos

a mi padre

Hace tiempo
(palimpsestos de óxido y musgo)
mi padre
modelaba para mí
los gestos que hoy repito

como tostar el pan
como dejar caer todo el cielo en la mirada.

Me detuvo el límite

el tapial partió en dos
parcelas el terreno
la infancia repartida
entre los frutos de la tierra.
Mi padre hendía minuciosa
la huerta
como la otra
que mi abuelo piamontés labraba

en tardes amarillas
de otoño
él miraba a lo lejos
a ver si el aire devolvía
la imagen
que la memoria empobrecía.

Desde un fondo de tiempo
la niña mira
sostiene diademas de flores secas
la mece un urgente caudal
de hondo cauce.

No detiene la payana
de pulidos carozos de níspero
aprende
trucos de malabarista.

Pasos

a mi madre

Sobre el piso colorado,
grumos de silencio.

De arena,
sus pasos perdidos delatan mi extravío
no sé cómo seguirlos.

Una mano piadosa me lleva a la ventana.

Pasos de algodón retumban en el césped.
Vislumbro grietas
que en el verde abre el jazmín.
Capturo la mirada de mi madre
prisionera de un gesto de hace tiempo
aún inconcluso:
sorber con toda la cara
la espesura de la flor.

Encuentro

Viene a mí,
la resguardan corolas de humo.
Una flor decolora sus dedos:
quizá una campanilla azul
(¡Dios!, la fragilidad de esas flores,
cortarlas era decapitarlas).

Viene a mí,
la viste una seda carmesí
(el tornasol hace aguas
rebotan los grises
sangran apenas los verdes)
un par de gacelitas de badana
vulnerable en los pies.
Reconozco la liviandad:
pisar sin pisar,
el viaje de una pluma.
(presiento en mi mano el calor
la leve humedad que destilan sus palmas).

Avanzo, la voy,
rasgo el velo:
un efecto cinematográfico
(el cine mudo ponía acordes
destemplados, plantaba tinieblas
ojos asombrados, boca de corazón);
pero era sólo eso,

un efecto.

Ella es todavía gacela
un engaño un verosímil
y toca mi mano la humedad
de sus dedos enguantados.

Pero el contacto intimida
desanuda mi mano de la suya
gamuzada.

La fina badana
hunde su marca de gacela en la noche.

La silueta impalpable
sobre pantallas vacías.

A simple vista invisible

debajo del mantel

cavó el fuego

una herradura

–antracita–

en la caoba.

Herida indeleble

tatuaje que opaca

el espejo de laca.

Como otras hendiduras

–cicatrices–

en el río de la piel.

Libera brasas

la huella hendida en el alma.

Cada tanto el eco

supura, gotean

el cansancio aquella noche

el hotelito de mala muerte

cerca de Tandil abría la boca

succionándonos

no olvido los ojos velados

la mirada cruda del conserje.

Veníamos del mar

el equipaje cargaba el viento marino

el olor a sal,

Tears in heaven garuaba en los rincones

–Clapton sube la escalera con nosotros –, dijiste.

¿O quizás su hijito aún vivía y no era Clapton?

Puerta número seis

la llave relumbraba entre tus dedos.

Había un florero de cristal

(sonreíste porque dije cristal)

un ramito de fresias.

Dormimos allí

velamos mi febrícula mi dolor de cabeza

que obligaron a la pausa

a buscar el albergue al menos limpio

un comedor presentable:

conejo a la cazadora, el menú del día

y el sabor salvaje acidulado

nos acompañó toda la noche.

Hablamos hasta secarnos la lengua

de casi todo

dos aspirinas mediante

y té de limón azucarado.

Lo de siempre
los proyectos el futuro
el filo de los libros
yo era de comunión diaria
con libros como hostias
las voces me habitaban
en ese tiempo eran Julio
y Alejandra desvelada
pasajera de la noche.

Oía tus párrafos,
un oleaje lejano:
que la economía
que la base filosófica
que había un sentido oculto...
Me dormía
arropada en la monocordia.
Columpios,
así se oía tu voz de madrugada.

Novela

Escribo,
el cuaderno apoyado en la mesa del bar
la puerta nunca está cerrada y entra
un aire de ceniza que enreda la garúa
crepitan las ruedas
un engrudo de agua y tierra
y vela la noche mis palabras y las cubre:

*Sábado, madrugada y frío.
Me inquieta una fricción de cables en el ascensor
se detendrá en el sexto
como cada sábado
tiritando a la deriva
busco el ansiolítico
en el cajón donde guardo las cartitas
de mis hijos,
y un vaso de agua
sin pensar en mañana.*

Oigo largo el quejido
de los autos al doblar.
Marcas de la huella
una sobre otra:
palimpsestos en el limo.

Ha de ser la madrugada la que huele a leche agria

y todo suspendido flota en la tierra de nadie.

Ha de ser la víspera

o lo que parece.

No sólo yo. También la que recién era la noche
retrocede a mil por segundo.

Ha de ser el límite que borra el territorio.

La ausencia de mañana.

para Agustín

Edificó su historia

en el margen de la hoja rayada.

Ellos,

instalados, lo oían a medias

escribían

mi mamá me ama

el oso se asoma

ilustraban

y muy bien te felicito

en tinta verde

mientras él pintaba

dragones

escupían fuego

y princesas osadas

levantaban vuelo en

la escamosa grupa.

Sumidos en su mundo

asentado y lógico

donde por regla general

dos más dos, son cuatro.

Oráculo

A mi abuela Iti

...el recuerdo es el pliegue y el olvido la urdimbre
WALTER BENJAMIN

I

Esa mujer trenzaba un rodete en la curva de la nuca.

Un suburbio de agua,
su retrato
abruma mi ciudad de olvido.
La mirada aguda interpela el vacío.

*Hubo glicinas
tardes de mimbre
sombrellitas chinas
muñecas Marilú,*

las voces niñas de las otras nietas
desenterraban
el único hueso escamoteado para mí:
el mito,
silencio de camafeo.

II

No la abuela que no conocí,
la que bebió del cactus en el desierto
el agua
la que pisó corajuda el fortín
a contramarea de la patria
vulnerada y venerada
en mi ciudad de amnesia.

No la que murió
loca de vieja y asmática
en el confín,
del que un día
no bajó más
atillo des-aireado
solo fatiga y asfixia.

Para que se cumpliera
cada línea y entrelínea,
el oráculo
al pie de mi cuna cifrado:
su mirada nunca encendería la mía.

Solo puentes.
Voces tendidas en el tiempo.

Intemperie

Levanta en vilo a mi sombra el viento,
la lleva al epicentro
punto negro
en la comba del planeta
sobre paños lila
a ras de horizonte.

Desnuda y sola, mi sombra.
Filo de azurita
bajo el pulido río de estrellas.
Titila.

Él, sumido en su destierro mira
de una forma rasa que desconozco.
Un musgo amarillento lo recubre
reclama *in absentia*
el relumbre en la mirada
la memoria del agua en la piel
el gesto vivo.

No comprendo, y la voz me dice:
“hace tiempo ha cruzado un mar
infestado de monstruos
que el viento arrasa.”

Alargo mis manos
mis dedos
que él no toca.
Les crecen hilos a las puntas.
Pero no alcanzan a cruzar ese mar.

—Desangelado—, insiste la voz: —está desangelado.

Es preciso ovillar los hilos tan crecidos.
Para que no se pierdan.

hoy renuevo en mi desierto el juego
las piezas que levantan mis tormentos
como astillas de huesos
porque el mío no es desierto de reinas
de arenas negras
ni doradas;
mi arena es polvo de hueso
cáscara de humo y vuelo bajo

me guardo en tu figura
sombra errante
sobre barcos que barrieron vientos ralos

desdoros espejismos

Vocación

a Evangelina

Detrás de la mirada
tus ojos cintilaron el viaje al arco iris:
papel canson granulado Miguel Ángel
acuarelas, témperas,
el pintor azul.

Como gajo de luna
la sonrisa del gato de Cheshire
colgó puntos y líneas de tu boca
y un aire encantado tronó a lo lejos
la intensa garúa de la forma:

la reina y su corona de rubí
hadas, castillos, mariposas
mamápapáymishermanos
techos a dos aguas
–rojos–
árboles fragantes
manzanas verdes

peces
en el río marrón.

Voz

a Candela

–Quiero cantar – dijo el deseo.
(Es decir:
en el aire la letra modulada.

Tallar el timbre
acristalar
 el campanario
 la nota sobreaguda
aguja gótica
en órbita la línea grave
clave seducida
oculta en el panal
la miel del sonido.

Extenuar la melodía
el ritmo la curva
la recta monocordia
el punto ciego
 el color
 el tono).

Diagnóstico

La palabra que él pronuncia
sopla escarcha en mi silencio
devenido desierto
laberinto ausente de hilos salvadores.
Empujo el muro que no cede
y la sangre
 –de piedra–
 no circula.

No quiero cabalgarla.
Trazo una ficción de panderetas
de cintas de colores:
y el cálido hechizo convocado
abre en mi boca
racimos sin pétalos.

No quiero transacciones:
caduco en mí el eco que me sopla
el hálito sombrío,
lo envuelvo en camisa de once varas:
hundo mis pies en la calle del olvido hasta sangrarlos
y recelo forcejeo
el acoso
la sanata
 –maquillajes–
de la muerte seducida.

Contaminación

Presiente el hormigueo
la solapada opción
la brusca mordedura
el borde del camino:
bajará el telón
doblará reverencias,
saludos, adiós.

Ausentarse
como quien parte a un largo viaje.
Para ese fin
contaminan su sangre
colesteroles y triglicéridos
en cantidades anormales
para que no sea fácil olvidar
la forma pringosa de su estrella

desprenderse así
poco a poco
como aquella abuela
desconectaba nodos,
pionera
asentaba sonrisas incomprensibles,
olvidos pintorescos.

Al final del día no quiero llorar

porque no puedo llorar siempre
como yo si fuese un cauce
que albergara un río

las lágrimas se van a secar,
no volvió a suceder el incendio de Cromagnon
y sus ciento noventa y tres muertos,
un tsunami no barrió otra aldea en un país exótico
ni alguien asesinó al guardián del edificio vecino
de trece puñaladas certeras.

Ni hoy ni ayer.

Nada pasó en las últimas dos o tres horas
que pueda hacerme llorar

más allá del vértigo aquel perdido
y el ocio y el cielo clavado de estrellas
en las noches quietas
cuando sola la casa
en el medio de la nada
alumbraba fantasmas.

Contexto

Sufro la realidad como un sistema de poder
ROLAND BARTHES

Aracne

Aracne, la de diestros dedos
trenza tres cuerdas
 —hebras—
de un arpa inescrutable
 —negra—
como el pelo que enhebra.

La cabeza
inclinada a su sombra
añade a la otra sombra
en la xilografía,
presagios de telarañas
sobre matas de liliáceas.

Pero el silencio cruje
súbito elide la magia
olvida el sobresalto
de trenzas segregadas
 sacude
la profusa mata entretejida.

Ahora ella trenza
 —arriesga—
sueños partituras
 poemas.

La ventanilla del colectivo

hojea para mí
un cuento de final abierto:
por el cristal viaja
oscura la mancha de los árboles,
trafican cargadas las nubes
y la luz prematura
en el foco de alumbrado
dice *lluvia*
y la noche borrará el día.

Desde la jaula del afiche
la modelo francesa ofrece medias
(pura lycra italiana)

la modelo de mirada
antropófaga.

Un caos en el recuadro
de la ventanilla.
Un caos dentro de mí.
Como si leyera un Aleph.

Cifra

Más allá de la ventana
la paloma
abre y cierra las alas
abre y cierra
como si afinara la cuerda
que enlaza pluma y viento
y en muda repetición
me dijera algo
en un código
que no entiendo.

Más acá
en su retablo
la actriz
libera nidos. Aletea
abre y cierra
dilata el buche
declama
su arrullo sostenido
que no descifro.

Calendario

Reclinada a la claridad
sobre pared granate
que el candelero esparce,
indaga en el recuadro
el calendario de lecturas.

El rostro se finge aniñado
a pesar de los años
disecados en alforzas
alrededor de los ojos.

Lleva un traje de paño
cuello y puños de piel blanca.
Un casquete negro,
muy de su gusto
sujeta el capricho de un bucle ceniciento.
Perlas de algodón,
ocultan el drapeado
en la piel del cuello.

Instalación

En vaga composición de olores
satura la mañana,
una terca mota de azahar.
Travestida de flor,
cadencia cítrica,
la mota descarada
desmorona
el hálito a desecho acidulado
en el contenedor.

Y aunque ronda
en lo azaroso del azahar
la cálida memoria
de un tiempo de flores y de frutas,
el sesgo a primavera
embiste el bulto amorfo
en el atrio cultural:
lo adereza, lo atavía,
lo centra en la retina.

Curiosa instalación,
la precaria quietud de la escultura
sobre trapos y al abrigo
de una plancha de cartón,
denuncia el alcaloide,
implacable
sopor del pordiosero.

Vimos por MTV

un mega recital que eran diez
mega recitales
sonando en diferentes metrópolis
querían acabar con la pobreza
cancelar el hambre
endémica en el África.
Detrás,
la sombra de Bono
el estadista
Geldorf y McCartney entre bambalinas.

Escuchamos a un cantante
que encendía un cielo pintado:
estrellas en cada párpado
sobre ojos azulinos
también apócrifos.
Cantaba en Londres a lo Freddy Mercury:
We are the champions.

Pero no vimos *champions*
vimos máscaras
pactaban sueños
con las estrellas del pop & rock.

Regresaban
a paupérrimos cuartuchos ahumados
traspasaban

los espejos vacíos
inhalaban
volátiles paraísos
olvidaban
esos molestos esqueletos
ambulando las calles del siglo XXI
que antes fueron las del XX y el XIX y el XVIII y...

Las mismas calles polvorientas
calles de África, Londres
Tokio y otras metrópolis
donde los diez mega recitales aturdían.

Cuento de invierno II

I

cruzo la tarde en la jungla peatonal
ambulan retablos
la juglaría evoca boas
mariposas
derivas de camalotes

de peltre, pulen los reyes
el rastro del oficio mudo
enreda la pasión
tensa el cuerpo del tango
finge el fakir
sueños indoloros
sobre colchón de agujones

sopla el músico su flauta de pan
sube un aire azul
revuelto a Phill Collins
y la tarde cómplice no cesa de caer
enciende
globos de luz sobre cobalto

II

rehila la arpista cuerdas de agua y ñandutí
al trazo que el retratista imprime
pósters de Olmedo y el Ché
abren póstumas sonrisas
al filo de la oferta artesanal de lana y poliéster:
corre el mes de julio de 2008
y el frío desuella
 desnuca

III

río abajo la sombra
la frontera del lucro festivo

soñé retablos y retablos vi
 pero rancios

huele a lumpen
 a delta podrido
flotan detritus, mosquitas muertas
la postal segrega vidrio molido

como el fakir
el hombre caracol duerme
no sobre púas ni plumas
sobre la laja rasa
pieza *master* del Museo Indigente
la talla hiperrealista
recuesta su cabeza
 –no de mármol–

en doméstica hermandad
su boca lame otra boca
pero de calabaza
al calor corrugado en la almohada de cartón

cierran el collage
un torso y piernas replegadas
–no de peltre, no origami–
al abrigo del aire violeta
volátil membrana
que
se supo desde temprano
alcanzará esta noche
una temperatura por debajo de cero
la cifra exacta hiela mis dendritas
y es un árbol fósil mi memoria

El adiós

in memoriam, R. G.

I

La película enciende lumbres
como lunas en Manhattan.
La rubia protagonista recorre *Mulberry Street*
velada de una ceniza lila.
Detrás de rojos tulipanes,
un hombre espera.

¡Qué raro sortilegio, el cine!
Me arranca una pálida sonrisa
disfraza la ruta
que transito
—de algún modo—
ésa que abre mi amigo
sin querer andarlo, al camino.

Completamente solo,
mi amigo escruta
no afina el rumbo
admite sólo la orilla
no deja huellas,
evade el dulce señuelo
el olor del olvido

en las aguas oscuras del Leteo.

II

Hubo un tránsito leve.
Sedujo la orilla del viento
el débil deseo de libertad
más allá de la endeble
vestidura terrestre.

Oculto en la espesura,
la breve elegía de aves anfitrionas
acompañó el *backstage*
de esa otra película
cuyo protagonismo
a las cuatro de la tarde
–la flecha clavó el blanco–
nos alcanzaba.

A pleno sol.

Periplo

Kublai: –No sé cuándo has tenido tiempo de visitar todos los países que me describes. A mí me parece que nunca te has movido de estos jardines.

ITALO CALVINO

¿De qué otra cosa hablar

si no de un periplo al lejano Oriente
o al faro del fin del mundo
en la charla de café?

¿De un día perdido en la turbulencia
de un largo millaje aéreo, como si eso significara,
de verdad, una pérdida?

¿Hablar de la levedad?

¿Evocar el sutil equilibrio azul cyan de aquella mariposa
circundada de rubí
sobre el ojo maquillado
de una virgen de yeso?

¿Bastaría ese cromatismo sobre alas
en la vidriera de la santería
para recordarnos
que aún podemos conversar?

Sabiduría

Tres destellos cortan
el espejo turquesa de la fuente.
Elijo no violar el mito
sabiamente entretejido:
doy el primer paso del regreso
echando tres monedas de espaldas a la fuente.

–Volver a Roma –tu voz escande lo quieto.
Las calles suben blancas.
–La luna nueva –digo, miro el espejo de la fuente.
–La fontana –se pierde tu voz en la última “a”.
Mucha luna. Mucha.

Valparaíso

Sonoro y naranja

–mar crespo de flores heladas sumergidas–
el puerto vivo alitera.

Pende.

La ciudad engarza cruces, cúpulas

se sale de sí

replica

la oscura paciencia de un Sísifo urbano:

sutura rotura

rehila rotula

troquela:

setenta balcones y amarantos amarillos brotados

donde una mujer y un hombre y alguien más

sacuden su alfombra persa,

salen a volar.

Cortes

Llegué de madrugada, las orillas aún dormían.
Pálida, la luz primera mojaba cúpulas veladas.

Cuando partí ya era el crepúsculo
y la sola visión
violada
a ras de cielo
desató la transparencia de la lágrima.

La traje de mi mano como a un cántaro
un mix de pop & rock
la luna deshecha entre mis dedos
y los domos
y ciertos oscuros campanarios.

San Juan
(Puerto Rico)

Desorienta.
La noche desierta desorienta.
–penden azaleas los balcones al pastel–

De trigo maduro
araña la luna el último cielo
a ras de seda
a ras de agua

huésped de telarañas
–escorzo–
brillo a plata vieja
en el vago empedrado azul.

Subo el mapa antiguo
–cadencia–
la grafía de la curva.

El silencio cae al mar.
Perdida la luna, me resto a la noche.
Sombra china, mi andar.

Oculto en la bruma el pueblo flota

tejados colorados.

Toco la piedra coagulada

los muros milenarios.

Agrios escultores tallaron la sangre

los ahorcados hamacan el viento:

V de Víctima, pero de Verdugo.

En la plaza se mecen los olivos

el sol barre las sombras.

Camino otros pasos

tras mi sombra sin historia.

Nubes de humo

truecan cielo por tierra.

Del vientre evanescente

brotan la vieja y el viejo.

De la mano (lagartijas)

salen a beber el sol.

Fantasmas centenarios

levantan tras de sí

polvaredas del infierno.

En tránsito
(Aeropuertos)

I

De la cruda insípida asepsia en el avión
arrojada
a la pulcra inodora asepsia en los pasillos
como brazos de estrella.
Atrás, ARRIVALS
el cartel ordenador del hormiguero
en tren de conquista de la tierra prometida
sin perder de vista el BAGGAGE CLAIM
el flujo continuo presuroso en pos de la cinta giratoria.

Abiertos
los brazos de la estrella
cargan lágrimas, adioses
y el febril clandestino recuento de billetes
sin olvidar el cambio chico el *credit card*
ni los verdes cosidos a mi dura
adormecida piel de lagarto.
Rescatado mi bolso de la cinta
nace un nuevo cautiverio:
la sala rotulada DEPARTURES
la brújula apuntando a la GATE SIX.

II

En la cima del caos
alcanzo el punto ciego,
bifurcado tu destino mi destino:
la máxima tensión
de una trama indestructible
cruelmente acribillada.

Te hundiste esfumado tras el EXIT
(carril liberador).
Yo sostuve mi agonía en el área cautelada:
otra vía
otro *jet super boeing*
otra punta de la estrella
aguardando expulsarme
a la bóveda azul.

III

Una hora y cuarenta y cinco minutos,
la suma de la espera.
Reposa mi cuerpo anestesiado
al acecho del Superman
(Lois Lane)
que de esta alta pecera haga migajas
con su puño poderoso,
y quiera rescatarme de este pozo
en la Tierra de Nadie
y restaure
mi aura de prodigios cotidianos:

de garúa de polvillo suspendido
de trasiego de sonidos trashumantes
en rincones sonoros

caseros

transpirados.

CONTRATAPA

Cuando “lo que pesa es la intemperie/ el borde del abismo” y no hay un punto donde sostenerse, las palabras se ponen a prueba. No es tanto el sentido como la medida en que evocan impresiones y experiencias decisivas. Y no se trata simplemente de articular determinadas palabras, ni de reunir las con mayor o menos acierto, sino de construir un orden en el que cada una de ellas potencie sus posibilidades de significación y actualice las impresiones de las cosas que nos formaron o nos afectaron de alguna manera y se han perdido, aquello que nos devuelve la calidez del hogar como si trazara un círculo mágico y protector. Es la casa que aquí se recorta contra la oscuridad y el frío del exterior, en cuyo espacio transcurre una vida signada por los libros, las pequeñas cosas domésticas, “este mundo de objetos entrañables”. La casa que se proyecta en la plaza y se vuelve más acogedora en medio de un invierno prolongado. En ese punto Marta Ortiz descubre la persistencia de un impulso que la remite al pasado, a un legado que probablemente desconocería, de no haberlo explorado, reinventado, a través de la escritura. La infancia, los libros, las voces que resuenan desde entonces, las imágenes que perduran, la mirada de la madre, suspendida en un silencio cargado de interrogantes, se engarzan en estos poemas como partes de un tiempo recuperado, en el que se adivinan cifras del presente (“mi padre/ modelaba para mí/ los gestos que hoy repito”), actos inconclusos que parecen demandar su cumplimiento y acontecimientos fijados con el aura de lo extraordinario, un tiempo desligado del calendario y de cualquier cronología, que finalmente se realiza por ese misterioso desvío que llamamos poesía.

Oswaldo Aguirre



DATOS PERSONALES

vuelodenoche.marta@gmail.com

www.marta-ortiz.blogspot.com.ar/

Marta Ortiz nació en Rosario, Argentina. Es Profesora y Licenciada en Letras graduada en la U N R. Publicó El vuelo de la noche (Primer premio de cuento Emilio Díaz Valcárcel, Bienal Internacional Puerto Rico 2000, La Editorial, Univ. de Puerto Rico, 2006); Diario de la plaza y otros desvíos (poesía, El Mono Armado, Bs. As, 2009); Colección de arena (cuentos, Editorial Fundación Ross, col. Narrativas Contemporáneas, Rosario, 2013). Compiladora, con Gloria Lenardón, de las antologías El río en catorce cuentos y Mi madre sobre todo (Editorial Fundación Ross, Rosario, 2010 y 2011). Participó en antologías, entre otras: Los cuentos (Ed. Fundación V. Ocampo, Bs As, 2007); Los poemas (Ed. Fundación V. Ocampo, Bs As, 2009); Poetas del tercer Mundo (Ciudad Gótica, Rosario, 2008); El río en catorce cuentos (Editorial Ross, Col. Narrativas Contemporáneas, Rosario, 2011); Cuando el río suena (poesía, Vinciguerra, Bs Aires, 2012). Poemas y cuentos suyos se incluyen en publicaciones en soporte

papel y digital.

Miembro fundador del grupo de gestión cultural CUANDO EL RÍO SUENA. Co-dirige la colección “Narrativas Contemporáneas” para Editorial Fundación Ross. Desde 2003 coordina el taller de Lectura y Escritura Ópera Prima y un taller de lectura crítica. Participó en festivales de Poesía, encuentros de escritores y ciclos de lectura. Colabora en medios culturales de su país y del extranjero. Coordina la sección Literatura de REPLAY WEB, Revista Digital de Periodismo Cultural: <http://www.replayrevista.com/literatura/> Fue jurado en concursos literarios. Edita el blog “Vuelo de noche”: <http://www.marta-ortiz.blogspot.com/>

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in ortiz_diario_de_la_plaza.epub.

